

jefes se convierten en ministros y los demás en «ponentes», en espera de que caiga la cartera.

También hay que ver cómo se conduce todo el mundo el día de una interpelación: unos atacan al banco azul, los otros aplauden, interrumpen, injurian a los adversarios y hasta alguna vez hay palos en el hemiciclo.

Los buenos electores, que leen al día siguiente en los periódicos la descripción con todo lujo de detalles de estas luchas violentas, se apasionan también, y se imaginan—¡pobres gentes!— que es por el ideal socialista, o por el triunfo del radicalismo, o por la revancha de los liberales, por lo que se producen todos estos zipizapes. ¡Error, buenas gentes; es la lucha por las carteras la sola que los determina!

En cuanto a los programas, ¿podría decirme de qué sirven? Únicamente se hace uso de ellos y se introducen en las *órdenes del día* para impedir a los adversarios entrar en la mayoría, en donde se reparten los beneficios del poder.

Si queréis una prueba, leed esta linda historia contada en plena Cámara por M. Aynard:

Había en la declaración ministerial de Briand todo un programa de reformas radicales y hasta vagamente socialistas. La izquierda esperaba que esto impediría a los progresistas votar con el gobierno.

¡Ah, bien! ¡Sí! M. Aynard se levanta:

«Hay—dice—en el programa ministerial dos partes: la parte elevada, real y si se me consiente decirlo, perpetua, de orden político, son los principios generales (conservadores) que ha venido a sentar el señor presidente del Consejo y a los cuales ha declarado solemnemente se atendería. Y esto es lo esencial, y por esto precisamente votaremos con él... El resto

(las reformas) no es más que lo que los notarios llaman *cláusulas de estilo*...

«...Yo recuerdo que hace algunos años, un orador espiritual y delicado de la derecha—y no tengo necesidad de decir que me refiero a M. Denys Cochin—subió un día a esta tribuna. Era en los tiempos funestos en que se censuraba con despiadado rigor al ministerio Méline. (*Risas.*)

«En aquel entonces ya se acostumbraba prolongar las *órdenes del día*, y aquel día se prolongaba demasiado. Ya se habían pronunciado allí las más vehementes impresiones contra el clericalismo, que jamás había sido tan ruidosamente fulminado.

«M. Cochin subió a la tribuna, y con su aire encantador, fino, parisien- se, dijo:

«Comprendo de sobra lo que significa el *couplet* sobre el clericalismo que habéis añadido a la *orden del día*; no persigue otro objeto que impedirme votar a favor de M. Méline. ¡Pues bien! Votaré por él.»

«En cuanto a nosotros — añade M. Aynard—os voy a decir en seguida lo que haremos, a fin de sacaros de esa angustia. (*Risas.*) Votaremos en favor de las declaraciones del gobierno...»

He aquí, pues, un jefe del grupo, que, «fríamente, sin fruncir las cejas» (son sus palabras) vota una *orden del día* del todo *contraria a su programa*. ¿Lo haría así, francamente, si no estuviera convencido de que nadie—y él lo mismo que sus adversarios—pensó jamás en realizar su ideal?

Pero el buen lector, que ignora todo esto, que no tiene «el aire fino, encantador y parisien» de M. Denys Cochin, cree sinceramente que el ideal es antes que nada para el diputado. Engañado por las descripciones truncadas de los periódicos, discute seriamente los programas, sigue apa-

**AVISO.**—Los que deseen suscribirse a **RENOVACIÓN** pueden hacerlo directamente a las siguientes direcciones: Ricardo Falcó, apartado 638, San José de Costa Rica; Maximino Fernández, calle Perdriel, N° 519, Buenos Aires (Rep. Argentina); Lorenzo Portet, calle de Cortes, N° 478, Barcelona (España). El abono es: **2 dólares al año oro ame.** En Europa: **10 pesetas al año moneda española.** PAGO ANTICIPADO.